



# YA ESTAMOS TODOS LOCOS

*Norma Yamille Cuéllar*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



ÍNSULA



YA ESTAMOS  
TODOS LOCOS

*Norma Yamille Cuéllar*



**YA ESTAMOS  
TODOS LOCOS**  
*Norma Yamille Cuéllar*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Rogelio G. Garza Rivera  
Rector

Santos Guzmán López  
Secretaría General

Celso José Garza Acuña  
Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas  
Director de Editorial Universitaria

Jessica Nieto Puente  
Edición

Edgar A. Estrada Esparza  
Diseño y Formación Editorial

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,  
C.P. 64000. Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx /  
editorialuniversitaria.uanl.mx

Primera edición, 2019  
© Universidad Autónoma de Nuevo León  
© Norma Yamille Cuéllar

ISBN: 978-607-27-0968-3

Impreso en Monterrey, Nuevo León, México  
Printed in Monterrey, Nuevo León, Mexico







## SALVANDO AL CISNE

*(Basado en una anécdota de Chris O'Dowd)*

Nadie lo cree, pero en una época ganaba suficiente dinero con mi trabajo de contador como para dedicarle un tiempo a labores de beneficencia (bueno, tampoco yo lo puedo creer).

Durante los fines de semana ofrecía una mano amiga al reino animal, en una modesta oficina. Confieso que tal actividad me servía, además, para escapar de mi esposa y mis dos hijos adolescentes.

Me asignaron el área de Especies en Extinción.

—Buenas tardes, mi nombre es Mauricio Núñez; hablo a nombre de Vida Salvaje, una fundación sin fines de lucro que busca su apoyo económico para proteger a las especies en extinción en nuestro país...

Me sorprendió que mi primer animal asignado fuera el murciélago... ¡A nadie le importan los murciélagos! Las personas serían muy felices si todos los murciélagos desaparecieran de la faz de la Tierra, si se alimentan o no de sangre no importa, están bien pinches feos y ya. Por estas razones no recaudé ni un peso en mi primer mes.

Mis superiores me miraban “flotando en un mar de frustración” (juro que así lo dijeron) y,

para motivarme, me ofrecieron comisiones sobre el dinero que reuniera con mis llamadas. Muy pocas personas íbamos los fines de semana, así que podía hacer lo que quisiera. Estaba aburrido y me puse a garabatear en una libreta un cisne con rayas. Acto seguido tomé el teléfono para explicarle a una señora desconocida la vida y obra del hermoso cisne tigre: un animal bastante raro que vivía en Malí, en peligro de extinción porque a causa de la belleza de sus plumas era buscado y masacrado en lugares como Burkina Faso y Mauritania.

—Nunca había oído hablar de ese animal  
—repuso ella.

—¡Es por eso que le estoy llamando! ¡El cisne tigre necesita su ayuda!

Solo ese fin de semana reuní 100,000 pesos, y sobra decir que poco faltó para que mandaran hacer un monumento en mi honor.

Cuando el furor por el cisne tigre terminó, y ya estaba cansado de inventar imágenes del cisne tigre con Photoshop, la estafeta del peligro de extinción pasó a otro animal: el delfín ballena. Era un animal enorme, del tamaño de una ballena, que hacía los sonidos del delfín y que amaba nadar con la gente, pero a causa de su afinidad con las personas y de ese gusto por nadar con ellas casi

siempre terminaba arrastrado por las fuertes corrientes marinas hacia la orilla del mar, de donde ya no podía regresar y moría lejos del vital líquido.

La gente quería saber cada vez más sobre el animal. Las mujeres lloraban cuando les contaba la historia, sentían una empatía casi irracional por el delfín y mandaban dinero a la Fundación más rápido que inmediatamente.

Cuando miles de mexicanos ya estaban preocupados por el cetáceo, y ya estaba decayendo la pasión por acudir en su ayuda, de mi cabeza fue saliendo una lista de animales como:

- \* el gato con cola de cerdo
- \* el cangrejo de pelo amarillo
- \* la rana de huesos fosforescentes
- \* la tortuga voladora de patas chatas

Jamás pensé que podía ganar dinero echando mentiras en una beneficencia... Todo iba muy bien, hasta que una tarde tomé un descanso y fui al bar de la esquina, regresé a mi cubículo con unas cervezas de más, y por error le mandé un correo electrónico pidiendo ayuda económica para salvar al elefante unicornio (más la imagen en Photoshop)... al mismísimo director general de la Fundación. Sí, creía que todos estaban al tanto de mis mentiras, pero no era así: me pidieron amablemente que me largara del edificio

y también me pidieron –amablemente– que no volviera jamás. Supongo que traía una mala racha severa, porque a la semana siguiente también me despidieron de mi trabajo de contador público.

Y de regreso a la casa, a la esposa, a los dos hijos adolescentes. Poco a poco el dinero fue desapareciendo y no encontraba trabajo. Hasta que un día me encerré en un cuarto de la casa y marqué un número al azar:

—Buenas tardes, mi nombre es Mauricio Núñez, hablo a nombre de Vida Salvaje, fundación sin fines de lucro que busca su apoyo económico para proteger a las especies en extinción en nuestro país... ¿Ha escuchado usted sobre el perro xoloitzcuintle con melena de león?

## MARY

Solo escuchaba el ladrido de los perros. Eran las dos de la mañana y el velador del edificio no era, precisamente, amistoso: prefería mantenerse pegado a un radio que intercambiar conmigo unas cuantas palabras.

Cuando era adolescente asistí a un funeral y me impresionó que el muerto se viera descuidado, como si a nadie le importara. Por eso, y porque nunca he temido a los muertos, nomás a los vivos, estudié un curso de maquillaje de restauración para difuntos. Tenía todo lo necesario: lápices delineadores, rubor, sombras para los ojos, lápiz labial, rímel, polvos traslúcidos; navajas de afeitar, utensilios metálicos, prótesis de ojos, cera, crema para el pelo.

Lo primero que uno hace es preguntar a los familiares si quieren que el rostro del muerto esté sonriente o serio. Para lograr un rostro sonriente se le coloca al difunto una prótesis en los ojos para que le queden entreabiertos y luego una prótesis en la boca que permite a los labios brindar una imagen semejante a una sonrisa. Para obtener un rostro serio se utiliza una herramienta con alambres que cierran la boca con firmeza.

Mi debut en esta profesión fue con un muerto que tenía una herida de bala en la cara. Tuve que limpiar la herida, disimular con cera la piel faltante por el balazo y luego maquillarlo.

En fin... esa noche, la de los ladridos de los perros, me encontraba arreglando el cadáver de una señora de avanzada edad, que había sufrido un infarto. Tenía un rostro muy bello, y unos pómulos increíbles. Se llamaba Mary.

Los familiares de la señora me pidieron que le dejara el rostro serio. No batallé con el peinado, porque su cabello todavía era brillante y sedoso. Resalté sus pómulos con rubor. Su vestido preferido, que traía puesto en ese momento, era de color rojo, por lo que pinté los labios de Mary de color rosa. La barra de labial cayó al piso, y cuando me agaché para buscarla, escuché un murmullo:

—Ese color no me gusta.

Órale, a estas horas sí que empiezo a desvariar, pensé. Ya eran las tres de la mañana, y casi podría jurar que noté una mueca de desaprobación en el rostro de la difunta. Restregué mis ojos con fuerza y salí del cuarto. Compré un refresco en la máquina de snacks y regresé con Mary. El color rosa del labial se veía demasiado pálido y la mano derecha de Mary estaba manchada de cera, como si se hubiera despintado ella sola...

—¿Entonces...? —dije en voz alta, dirigiéndome a ella, pero convencido de que los químicos de las sustancias con las que trabajaba me estaban haciendo un efecto extraño, o la potencia de la luz que salía de los tubos fluorescentes.

—Ponme otro color, anda —dijo Mary, provocando que me estrellara contra una pared, del puro susto.

—¿Q-quécolor quieres? —tartamudeé.

—Siempre me gustó el color Vamp, de Chanel.

—No lo tengo aquí —murmuré— una amiga mía lo tiene... tendría que salir...

La difunta, solo con la mirada, me convenció. Fui al depa de mi amiga, le llamé para despertarla y me prestó el labial. Volví a mi lugar de trabajo solo para descubrir que Mary se había levantado, y no solo eso: andaba de parranda con muertos de otros cuartos, ya maquillados y listos para sus funerales. Habían encendido mi radio y encontrado las botellas de whisky que mantenía escondidas (los muertos saben todo).

—¿iPero qué está pasando!/? —exclamé.

—Es nuestra última fiesta antes de que nos entierren —dijo Mary—. Anda, no te pongas pesado... ¿Trajiste el pintalabios?

—Sí —le mostré el Vamp.

—Te voy a devolver el favor, te lo prometo —dijo ella.

—No veo cómo —murmuré, derrumbándome sobre una silla.



Estaba tan cansado que me quedé profundamente dormido, noqueado. Al despertar, todo estaba en orden: los muertos dejaron todo limpio y ordenado. Ya estaban todos de nuevo descansando en las camillas. Asistí al funeral de Mary.

De ahí en adelante, todos los muertos que me llegaban para maquillarlos, de pronto abrían los ojos, me tocaban un brazo y decían: “La señora Mary me habló de ti”; “Te voy a devolver el favor, te lo prometo”; “bla,bla, bla...”

Y armaban la pachanga.

El día de mi muerte, en el quirófano, la doctora me dijo:

—Que tengas una buena fiesta.

—¿Eh? —murmuré, entre los mareos de los sedantes y los trámites propios del cuerpo que va a pasar al otro lado.

—Un amigo mío va a maquillarte —ella secó el sudor de mi frente— no te preocupes, tiene whisky del que te gusta.

—¿iEh!? ¿Quién eres t...?

—Soy la hija de Mary.

## YA ESTAMOS TODOS LOCOS

Es viernes 13 de febrero. Temprano recibe su quincena. ¿Qué hará con su lana? Pos gastarla... Ella no tiene novio, amante ni perro, pero acude a una clínica de “análisis cínicos” para solicitar una prueba del sida. Ya es hora de darse cuenta de qué calaña había sido el peruano.

En el cuarto de tomas de sangre del laboratorio, llora mientras una enfermera le extrae el líquido.

El sábado 14 de febrero ella sale de su casa. La recepcionista de la clínica le entrega un sobre blanco, que la joven mete hasta el fondo de un morral. Toma un taxi en avenida Garza Sada, un Chevy. El conductor es un joven moreno, de pómulos marcados, cabello recogido. Nunca lo había hecho, pero esa vez ella ocupa el asiento del copiloto. Ocho de la noche.

—Hola.

—Hola —responde él. Música del grupo América se escucha en el estéreo.

—¿América? —pregunta ella.

—Yep... el Disco de Oro —asiente el taxista.

Van por Garza Sada más o menos lento: él percibe que su acompañante no va a ninguna parte. Ella pregunta si puede fumar.

—Ya te iba a preguntar lo mismo —el taxista enciende dos cigarros.

Por la avenida hay parejas besándose. Ambos las miran y luego dan cada uno un toque a su cigarro. La joven abraza su bolso como si albergara un secreto milenario. Pasan un Vips. Más parejas. ¡Toda la pinche ciudad llena de parejas! ¡Hasta los perros!

—Hey —dice ella— traigo unos CD's...

—Órale... ¿qué traes?

—Mira... Ratt, Quiet Riot, Twisted Sister...

—Ah, eso me recuerda cuando estaba en primaria, mi perro se murió —comenta él.

—¿Te deprimiste mucho?

—No sabes... más que cuando me cortó mi primera morra.

—Yo también me encariño un chorro con los perros... los cuidas, les das de comer, para que un vecino tarado los envenene... —comenta ella.

—Así se murió el mío... oye, ¿no crees que hace falta algo? —pregunta el conductor.

—¿De qué?

—No sé... ¿pisto?

—¡Sí! —exclama ella— Hay una grave falta de pisto en este vehículo.

—¿Cómo te llamas?

—Surinder... ¿y tú?

—Fernando —él le da la mano—. Tuviste

suerte en dar conmigo, nomás ando en Wilfrido los fines de semana.

—¿Wilfrido?

—Mi nave.

Llegan a un depósito en avenida Félix U. Gómez.

—Caco, cuatro caguamas, hielo y algo dulce, pa contrastar —pide Fernando a un señor. Ella da un trago a su bebida, come un Gansito.

Van por calles próximas al museo Marco. Los dos chupan como sedientos, fuman, platican; llegan al Obispado y otra vez a Marco, dan las nueve de la noche.

—Día de consumismo, con-su-mismo dolor, con-su-mismo güey... ¡salud! —brinda el conductor.

—¡Salucita, compa!

Se acercan a la avenida Juárez. Un choque: un anciano con la cabeza estrellada contra el parabrisas, escurriendo sangre sobre el pavimento. Cada quien abre otra caguama, en shock. El muerto le recuerda a Surinder su examen de sangre, el Elisa. El sobre del morral está mojado con cheve; la joven lo saca, temblando, sólo para leer su nombre.

Piensa: “íbamos por el centro de Montegay, otra vez por Marco, mujeres y hombres con rosas rojas o cajas de chocolates en forma de corazoncito, globos...” Se acercan de nuevo al

depósito, compran más cerveza, Doraditas Tía Rosa; luego van hacia la Macro Plaza.

—Míralos, parecen que andan oliéndole algo al de adelante —el taxista da un sorbo largo a su cheve para tragar la comida.

Ella no lo escucha. Abre el sobre y saca el papel con el resultado. Lee letra por letra, al revés: O-V-I-T... El miedo le impide leer las letras importantes, que escucha como un eco: NEGA...POSI...

—Otra vieja con rosas rojas y le vomito encima —murmura Surinder.

—Vamos a neutralizar tanta melcocha—propone Fernando, al llegar a avenida Colón.

A las 9:30 de la noche entran a un oscuro local lleno de cuartitos, sin puertas ni ventanas. Focos rojos, aroma de orines. Llegan al cuarto mayor, con una cama al centro. Hay mesas y sillas con gente.

En la cama hay una mujer y un hombre cogiendo. Fernando y Surinder ocupan unas sillas. Ella piensa: “entre el humo de cigarro pude ver que la pareja cogiendo éramos el peruano y yo... ¿desde cuándo se había convertido sólo en ‘el peruano’?”. La joven ve como en *flashback* a el cadáver en avenida Juárez, imágenes de enfermos de sida, imágenes porno; imagina su velorio; ve a la pareja en plena cópula... ¡por haber hecho eso ella estaba entre NEGA-POSI! Como imbécil, lleva la botella vacía hacia

su boca. El taxista mira a la imbécil hipnotizada por el choque de cuerpos, la jala de un brazo hacia afuera del lugar. Ella mira su brazo jalado: ¿y si después descubrieran que el virus también se contagia por contacto físico?

—Cálmate, nomás estaban cogiendo, ya lo has hecho, ¿no? ¿O eres quintito? —dice él, al volver al taxi.

—No —contesta ella, abrazando su morral.

Vuelven al depósito. Silencio.

—¿Qué traes ahí? —pregunta Fernando.

—Nada, ¿por qué?

—Te veo muy “seriamente”.

—¡No es nada! ¿Pos qué o qué? —responde ella, nerviosa.

—Chale, ni te diste cuenta que cuando estoy pedo le agrego “mente” a las palabras.

En la calle Tapia una pareja adolescente hace ademán de necesitar taxi.

—¡Hey! —grita la joven— ¡Unos pubertos nos hicieron la parada!

—¿A dónde van? —les pregunta él.

—A Contry La Silla —responden los púberes.

—¡Nosotros los llevamos! —Surinder abre una puerta trasera del Chevy.

El taxista y su copiloto beben una caguama tras otra. Van hacia avenida Revolución.

—Mi amor, ¡me la pasé muy bien hoy! —dice la jovencita.

—¿Sí, mi amor? —la voz masculina se escucha tierna.

—Sí, mucho...

—¿Te gustó tu regalo?

—Sí, mucho...

Surinder y Fernando, serios, los observan por el retrovisor. Más cerveza y tragos largos. Se dirigen hacia Contry La Silla. En la radio: puras baladas.

—¿Quién te quiere? —el jovencito sujeta la barbilla de su novia.

—Yo te quiero más...

—No, yo más...

Los pies de Surinder y Fernando golpean repetidamente el suelo del auto.

—¿Quién te quiere, mi amor?

—Tú, nene... pero yo te quiero más... yo te quiero de aquí a la luna...

Fernando detiene al Wilfrido frente a un terreno baldío; él y su acompañante gritan al mismo tiempo: ¡YA CÁLLENSE!

—¡Ay, ya! —ella remanga su blusa.

—¡Chingada madre! —el conductor, con los ojos de color bermellón, saca al noviecito a madrazos.

—¡Cállense el hocico!

—¡Ya me hartaste! —Surinder saca a la jovencita de las greñas.

—¡Ya me tienen hasta la madre! —Fernando da puñetazos al puberto.

—¡Pinche vieja! Él te quiere, ya lo dijo mil veces, lo quieres, ¡ya lo dijiste mil veces! —la copiloto mantiene a la pobre joven en el piso— y a lo mejor ni te quiere, ¡te va a coger y te va a dejar!

—¡Suéltame! —suplica la púber.

—¿Qué, en tu casa no te enseñaron a tener dignidad? —el taxista da puntapiés al adolescente.

—¿Sí oíste? —Surinder sigue golpeando a la novia —¡ya no digas pendejadas!

—¡Esto va por puto! —Fernando le tumba un diente al jovenzuelo— ¡Y esto, por puñetas! De seguro tu vieja ha de ser “lesbianamente”, ¡sí! ¡Mírala, toda gorda!

—¡Púdranse! —los enrabiaados escupen a sus presas.

Cada quien agarra una cheve, de nuevo en el taxi. Vuelven, sin hablar, a la avenida Revolución. Son las 10:40 de la noche.

—Habla —pide ella.

—Tú eres vieja —él da un toque a su cigarro — tú primero.

—Mi ex me cogió y me dejó, ¿ya?

—Yo estaba empelotado con una vieja y me dejó sin decirme qué pedo, luego me enteré de que es lesbiana.

—No... ¡Pinche bigotona! —dice la joven.



—¡Qué cabrón tu güey!

—Y luego lo deportaron... ¡yo lo quería un chingo! ¡Pinche Alberto!

—Yo hasta ahorré para casarme con ella... ¡la gran puta!

—No mames... ¡eso no se hace! —la pasajera parpadea mucho.

Van por avenida Constitución. Fernando maneja... hacia el museo Marco. Otra vez. Ella voltea hacia la ventana para que las lágrimas vuelen. NEGA-POSI.

—¿Y por qué siempre terminamos por aquí? —dice ella, a punto del vómito.

—Por aquí vive la puta —responde Fernando.

—¿La gran puta?

Una mujer madura les hace la parada.

—¡Hey! —la copiloto escupe Corn Pops— ¡La ruca nos hizo la parada!

Él empareja el taxi con la mujer.

—¿A dónde vas? —pregunta Surinder; antes de escuchar la respuesta exclama “¡Nosotros te llevamos!”

La mujer ocupa el asiento trasero, llorando sin control.

—¿Qué te pasó, amiga? —el joven la observa por el retrovisor.

Dan vueltas a la Macro Plaza.

—¡Es un estúpido! —la mujer madura batalla para respirar—. Teníamos ocho años de novios, y

me dice... ¡que no está listo para el matrimonio! ¡Ya tengo 38 años!

—Cálmate —él eructa—, a lo mejor... nomás te vengas y ya.

—¡Sí, eso! —exclama la mujer.

—¿Dónde vive, o qué? —pregunta Surinder.

—Se junta —la mujer llora más— ¡en un antro gay!

—Ah, ¡por eso no se quería casar! —la joven suelta una carcajada— ¡Es putín! ¡Le gusta el arroz con popote!

—¡Sí, genio! —la mujer la interrumpe; después se apena— Ay, ¡perdón!

—No hay pedo —la copiloto le pasa una caguama—. Tómame unas chelas, vamos para allá.

—¡No, no traigo tanto dinero! Está bien lejos —dice la mujer madura.

—No hay “pedomente”, ¡Wilfrido invita! —dice el conductor.

Se dirigen hacia bulevar Díaz Ordaz.

—Ten, pa tu venganza —Fernando saca una pistola de la parte inferior de su asiento y la ofrece a la mujer.

—¿¡Tás loco!? —la copiloto abre mucho los ojos —¡lo va a matar!

—Sí, ¡dámela! —dice la mujer madura, quien parece manejar muy bien el arma.

—No, no chinguen, no va a haber pistolas ni

nada, ¡ya no quiero más muertos! —protesta la joven.

—Déjala, ¡es su “venganzamente”! —él levanta la voz.

—¡Pinches pendejos! —vocifera Surinder— ¡están pero bien jodidos!

Los pasajeros de Wilfrido llegan bien pedos al principal antro gay de la ciudad. Las mujeres esperan a Fernando en la puerta del lugar, porque está en el Chevy revisando unos billetes. La mujer madura lleva el arma entre la piel y los calzones. Surinder olvida su morralito. Entran. Los tres dan vueltas a la discoteca. La pista de baile está en el primer piso, también la barra y unos banquitos. En el segundo nivel hay mesas, sillas y un DJ a un lado de los baños, en una cabina. El trío, recargado en la barra, se echa una banderita al mismo tiempo. Y otra, y otra. Surinder piensa: “Recorrí el nido de putetes siguiendo a Fer y a la vieja, de repente se pusieron pálidos; subimos la escalera. Yo ya andaba en automático. Y Fer, pobre, no estaba feo”. Los tres miran hacia la pista, recargados en un barandal. Surinder camina hacia el baño haciendo gárgaras con su banderita... ríe de su estupidez. Un güey roza su hombro derecho con la mochila, ella voltea por puro reflejo: ¡Alberto! Él la mira con desprecio. La joven, en el baño de hombres, vomita en una taza

con popó. ¡Alberto! Su nombre le da fuerzas para levantarse. Observa a su ex en la pista. El taxista ve a Surinder llorando, sus miradas se cruzan: ella le quita el arma a la mujer madura. La joven y Fernando entran a la cabina. El taxista le da al DJ un madrazo, dejándolo inconsciente. Ella apaga la música; Fernando sale del cuartito y se reúne con la mujer madura. Pistola en mano, la joven aúlla al micrófono: “¡Alberto Valencia!”

Decenas de gritos retumban en el antro; el peruano busca a la dueña de esa voz, hasta encontrarla.

—¡Nadie se mueva! —ella apunta hacia la pista—. Alberto, ¡ponte en medio de la pista, cabrón!

El taxista y la mujer madura están asustados. La gente alrededor del peruano, en shock, mira la cabina.

—¡La pistola era para mí! —la mujer madura cubre su cabeza con las manos.

—¡Cállense! —grita Surinder— Alberto... me dijeron que te habían deportado... ¡Me cogiste y me dejaste, no vales madre!

—No gastes balas, ¡ahí está mi ex! —se escucha Fernando.

—¿Ah, sí? ¿Quién es? —la joven voltea hacia él.

—¡La que está en la pista con blusa roja y pelo corto morado!

—La vieja que está en la pista con blusa roja y pelo corto morado... isí, tú! —Surinder se dirige a una joven— Ponte al lado de Alberto... sí, ¡ahí!

—¿Y yo? —vocifera la mujer madura— ¡Mi ex también está ahí!

—¿Quién es? —dice la joven, fastidiada.

—¡El de camiseta verde con amarillo y pelo amarillo!

—¡Y al de camiseta verde con amarillo y pelo amarillo también lo quiero con Alberto y la bigotona! —exclama Surinder— sí, tú, ¡zorrita! Me los voy a echar a los tres... No, ¡primero se me encueran!

La ex de Fernando tiembla mucho.

—Quién te manda, por pendeja... —Surinder sonríe— ¡Apúrense, no tengo su tiempo gay!

—¡No los mates, nomás asústalos! —suplica Fernando.

—¡Ni madres! —vocifera Surinder— ¡Estos putos me la pelan! ¡A ver, cójansela!

—¡No! —gime la joven de pelo corto morado— ¡Mi padrastro me violó cuando tenía diez años! ¡Por favor!

—¡No, ésa no es mi ex! ¡Lo dije de puro pedo! —grita el taxista, consternado.

—Ah, ahora resulta que no es la bigotes, ¿eh? ¡Cójansela! —ordena Surinder.

Los tres jóvenes lloran en la pista.

—Así te quería ver, Albertito... —continúa— He estado pensando mucho en ti... me hice la prueba del sida y no he querido ver el resultado... itú me metías droga con jeringas usadas! —no puede evitar un sollozo—, y me emputa que me veas como orita, como si fuera mierda... ¿Traes pastillas, verdad? Quieres idiotizar a todos los jotos y lamepapayas... ¿Ves? ¡Me pegaste lo homofóbico! Si me muero, itú te vas conmigo! —corta cartucho.

—¡Ya párale! —se escucha la voz de Fernando— ¡No tienes sida!

—¿¡Qué! —ella sale del trance.

—¡No tienes sida! ¡Ya vi tu sobre! —grita el taxista.

—¿Por qué lo viste...? —ella apenas puede verlo, por los ojos mojados— ¿Por qué...? ¡No debiste!

—¡Dice NEGATIVO, Surinder! —él sigue— ¡NEGATIVO!

Tensión y silencio cubren el antro. Surinder y Fernando se abrazan. La mujer madura también abraza a Surinder, le arrebató el arma, le dispara a su ex, luego se da en la boca, todo en cuestión de segundos. La gente sale frenéticamente del lugar; Fernando y su copiloto también, aprovechando el caos. En la radio del carro: “Son las 11:55 de la noche... ¿sabe usted dónde están sus hijos?”. Los dos lanzan una carcajada, en camino hacia el centro de Monterrey. El taxímetro marca 670 pesos.

—¡Salud! —ella brinda con el taxista con cerveza caliente— ¡Qué pinche día, no mames!

—¡No mames tú! —dice él— Ya es hora de dejar a la saludable señorita en su casa... ¡antes que se me olvide cómo manejar, por el alcohol!

—Y a mí se me olvide dónde vivo... por los Condominios Constitución —comenta Surinder, sería.

Fer detiene el Chevy frente a un edificio.

—Bueno, pues —la joven hurga en su morral— el taxímetro marca...

—No es nada —dice él.

—No, cómo...

—No es nada... ¡me la pasé con madre! —Fernando interrumpe— desde que no me dijiste a dónde íbas supe que no querías estar sola... yo tampoco quería estar solo.

—D—déjame te pago... —ella hunde la cabeza en su bolso.

—Nel, olvídale.

—¡Pos gusto en conocerte, Fernando! —la copiloto besa una mejilla del taxista.

—El gusto fue mío.

Ella sale del auto, introduce la llave en el cerrojo de la puerta del departamento... la deja “abiertamente”.

## TE ESPERO EN EL HOTEL ROOSEVELT

*Para LJAR, con todo mi respeto*

Soñé que me regalabas un Duvalín. Es cierto que mi habitación huele a naranja podrida, a Heno de Pravia. Pero también soñé que me querías y nos íbamos a donde no llegara la lluvia.

Te dije que un día la ciudad nos iba a tragar. Que estábamos mejor con la nariz sangrando. Pero no. Te fuiste y ahora soy el desierto. La pareja del cuarto de al lado no me deja dormir con sus gritos. No sé cuánto más pueda seguir con esta mente mía. ¿Sabías que el hombre que inventó el LSD dijo que el tiempo es la mejor droga?

Extraño a mi padre. Había días en que me acariciaba y me besaba y mi mamá hacía sopa de letras, mi favorita. Me repetía que mi padre me quería mucho, que no le dijera a nadie. Pero a ti no te puedo ocultar nada.

Observo, a través del invierno, la avenida Colón. El señor de la recepción del hotel me dijo que mi padre le preguntó por mí y que si no le chupo la verga le iba a decir que estoy aquí. Entonces viene cada mañana por su dosis de mamada. Un día me



harté de mi padre que me quería mucho y tenía fotos mías en su coche, en su cartera y bajo su almohada. Eligió mis primeros corpiños, mis primeros kótex.

El brandy se termina. No tuve hermanos. Sólo tú eres lo único. Tu música de Mahler, el pasado sin misericordia de tu nombre. Te recuerdo. Hay días en los que camino muchas avenidas, llorando. Me siento como un perro que orina las calles para marcar su territorio y recordar el camino a casa, pero lo que yo voy regando es para que llegues a mí, a través del camino de lágrimas.

No me gusta que le llames hotel de mierda. No es el infierno. No es el infierno. Cada noche, en la cama, cierro los ojos y repito muchas veces Dios Padre Dios Hijo Dios Espíritu Santo, hasta ver una luz blanca. Entonces me hundo los ojos con las manos y veo colores increíbles, fosforescentes, oleadas verdes, amarillas y naranjas. Ahí me refugio de vivir en este lugar donde llegan los amantes–ahogantes que buscan algo en cada beso, en cada mete y saca.

La gotera del baño. La gotera. Estoy desgarrada otra vez. Llegaré temprano a la tormenta. Sigo el vuelo apagado de mis alas, los cuervos preguntan si de nuevo surcaré el centeno. Algo me hiere al final del sueño que lleva tu nombre. Me miro al espejo.

El sudor qué bien se lleva con esta melancolía, qué conveniente soy a estas horas, con la sonrisa invertida y las manos manchadas con semillas de viento. Miro a la gente por la ventana. Imagino que todos llevan un tenedor clavado entre los ojos, que están ciegos y caminan tropezándose unos con otros, topándose con los semáforos.

Han pasado meses o años desde que te fuiste. Sigues aquí: eres la imagen, la única imagen, que contra todo, me mantiene viva.

Un travesti me dijo que tengo mirada de tristeza y le robé su celular. Les saco plástica a los hombres que le llaman. Les digo cuánto anhelo su pito cabezón llenito de venas y me lo quieren meter por el culo y les pido que no le digan así. Un señor le inventó 25 sinónimos. Me divierto.

En el cuarto 15 vive un viejito que escucha jazz. Me regala un lonche si escucho sobre su pasado, su esposa que lo dejó, su hija que ya le dio un nietecito. Tiene Alzheimer. Escucho lo mismo todos los días.

En el cuarto 23 vive un señor que se inyecta heroína. Le ayudo a prepararse la mierda, la caliente, le amarro un trapo en el brazo. Me las arreglo para conseguir dinero. Tú me lo enseñaste. Esta mañana vino el señor de recepción.

—Eh, abre —dijo, tocando mi puerta ruidosamente. Hice lo que pidió, desnuda.

Cerró la puerta, se bajó el pantalón y la trusa. Se arrodilló para acercar su verga a mi rostro.

—Ándale —dijo.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a mi papá? —pregunté, acostada en la cama. Mirando el miembro aguado.

—Ayer —respondió.

—Hace unos meses —murmuré— le di quince puñaladas, y luego le di otras quince a mi mamá.

Intercambiamos una mirada y él cambió de planes: recorrió mi entrepierna con su lengua. El placer me llegó sólo de ver su cabeza hundida en mi vulva, y hundirla más con mis manos. Entre el ruido de la gotera. La maldita gotera. Te espero.

Brenda

## ÓLEO DE PRINCESA EN SOLEDAD

*Noche de miércoles, allá por el año 2000. Gilberto y Cecy terminaban de cenar en su modesto depa.*

—Amor —dijo él—: ¿no quieres ir al otro lado este fin?

—¿Este fin? —ella lavaba platos—. ¿Y la niña?

—Ya lo arreglé todo, se va a quedar con Rosy, no hay pedo. Nos vamos el viernes, con Sol.

—¿Con Sol?

—Es que ella quiere poner un *business* allá, y si la llevamos a Brownsville nos va a ayudar.

—Nos va a ayudar... —Cecilia se dejó caer en una silla; encendió un cigarro—: ¿a qué?

—A dejar esto —respondió su marido—, a comprar casa, darle una buena vida a Lore...

—¿Lore? La pobre ya está marcada —dijo Cecilia con pesadez— ya se le impregnó el olor a humedad.

—Ya, mujer, ino seas tan pesimista!

—¿Qué negocio es, o qué?—ella suspiró.

—No te puedo decir —Gil retiró su rostro de la mirada femenina— porque se seba. Vas a ver... todo va a estar bien.

—Todo va a estar bien... —Cecilia caminó hacia su habitación, burlándose—: ¡ súper bien!

El viernes al mediodía Gilberto y Cecilia recogieron a Soledad; el trío se dirigió hacia avenida Constitución.

—Ok... —Gil iba con su esposa en la parte delantera de la Caribe— son cinco horas de camino hasta Brownsville... ¡abróchense sus cinturones!

—A ver si con tu *business* le pones climita a esta cosa —su mujer adoptó un tono dulce de voz.

—¿Clima!? —él besó la frente de su esposa— ¡Te voy a comprar un carro! Con clima, quemacocos... ¡Te quiero un chingo, cabrona!

—Y yo a ti... *Jesus is saving grapes... ifor me!*

—Cecilia susurró una frase que se le ocurrió al probar el hachís: una clave para decirse que estaban contentos.

—¡Y yo los quiero un chingo a los dos! —Soledad se inclinó hacia ellos— Ya con esto del *business*, van a ver... voy a comprar una casita, un carrito... ¡y un hombresote!

Los tres rieron, se prendieron cigarros. Entraron a la ciudad de San Nicolás de los Garza.

—Hey, Cecy, pon musiquita, ¿no? —pidió Sol a la esposa de Gilberto—: traigo un casetito. Un tema de Silvio Rodríguez se dejó escuchar: “Ojalá”.

*Ojalá se te acabe la mirada constante / la palabra precisa, la sonrisa perfecta / ojalá pase algo que te borre de pronto / una luz cegadora, un disparo de nieve / ojalá por lo menos que me lleve la muerte...*

\* Hago CLOSE UP a Cecilia: en FLASH BACK se ve a ésta y a Gilberto en su hogar, luego en varios bares de la ciudad. Cecilia Román, 36 años, regiomontana. Delgada, blanca, cabello rojo lacio. Se enamora de Gilberto Martínez al conocerlo. Ella, escritora; él, fotógrafo. Luego de tres años de noviazgo se mudan a los Condominios Constitución, en el centro de Monterrey. Luego de unos años nace Lorena, la pareja se casa. Matrimonio feliz, excepto los días de anorexia de ella por depresión posparto. Vida social activa, noches bohemias...

\* De regreso al automóvil:

—¿Ya les conté del pelado que conocí en el Vips?  
—Soledad contaba chistes todo el tiempo—:  
íbamos en su BMW, habíamos comido en La Guacamaya, bien rico, y de repente... ¡que se echa un pedo! Hacía un chingo de calor, él tenía las ventanas cerradas y el clima prendido, tuve que bajar la ventana gritando: “¡mira, un OVNI!”

Los esposos rieron a carcajadas; Cecilia miró discretamente su sonrisa en su espejo retrovisor.

—Chole, deberías jalar de comediante —dijo él.

—Amor, tengo hambre —su mujer hizo voz aññada.

—Yo me estoy cagando de sed —Sol eructó.

—Orita llegamos a un depósito, viejas tragonas —dijo el conductor.

Iban por la carretera a Miguel Alemán cuando se detuvieron en un 7 Eleven.

—¿Qué te traigo? —preguntó Cecilia a su pareja.

—Nada.

—¿Seguro?

—Sí, no tengo hambre.

—¿Algo de tomar?

—Nomás agua —pidió Gilberto.

Las mujeres salieron disparadas del vehículo, regresaron a éste cargadas de bolsas.

—Mmm —Cecilia se acomodó en su asiento— Siempre traigo limoncitos y salsa para mi Maruchan...

—Bájale, ¿te están pagando la publicidad o qué? —su esposo la besó.

—Ojalá... —ella, con el beso, le pasó un fideo largo.

—¡Que no quiero comida! —Gilberto escupió.

El vidrio delantero de la Caribe era como un concentrador de calor. La ropa se adhería a la piel. El trío llegó a la mitad del trayecto platicando, fumando.

\*Hago CLOSE UP a Sol dentro del carro. En FLASH BACK sepia aparece en varias exposiciones de pintura. Soledad Valdivia, 33 años, poblana. Belleza exótica, morena, curvilínea, cabello rojo rizado, ojos verdes. Trotamundos, casada infelizmente. Sus ídolos: Greta Garbo y Marlene Dietrich.

\*Cecilia devora casi todo lo que se encuentra en cada tiendita.

—Amor, come, ¿qué tienes? —colocó su mano derecha sobre la frente de su marido.

—Que nomás quiero agua —él dio un trago a una botella de plástico.

—No mames —su esposa, molesta, cruzó los brazos.

\*Ahora muestro un rápido FLASH BACK sepia: se ve a la pareja paseando su amor por toda la ciudad, en la Macro Plaza, en el Metro, en el Obispado, cachondeando en antros gays, cogiendo desesperadamente en la Caribe.

\*Regresando al vehículo, la escritora mira su sonrisa en su espejo retrovisor, después observa el paisaje árido. Mete en su boca una pastilla de vitaminas, se recuesta. Su marido platica con Sol. Cecy ya no escucha.

\*Después de un CLOSE UP ella recuerda en



borroso FLASH BACK sepia: La noche del 13 de agosto de 1998: “Estaba con Gilberto en un bar, besándonos, en un aniversario de casados... todo estaba bien hasta que ella llegó. Se acercó para saludar a Gil, borracha, dando lástima... él dijo que antes de conocerme habían sido novios. No puse atención. Al día siguiente, mi primer pensamiento fue: Soledad. Falté al trabajo. En una hemeroteca me puse a investigar sobre ésa: su carrera artística, con quiénes se juntaba, dónde trabajaba.

La busqué en internet, cada día tenía más datos, cada vez me intrigaba más... quise conocer a su esposo René. En Monterrey todos se conocen: en un museo unos amigos me la presentaron. Ya en cama, de madrugada, me moría por saberlo todo: ¿Por qué cortaron ella y Gilberto? ¿Hicieron planes? ¿A dónde salían? ¿Eran felices? Soledad era una pintora irregular, todavía lo es. Me complacía cuando hablaban mal de su obra, o la veía peleando con su maridito. Yo hablaba mal de ella con artistas jóvenes, la ponía de ejemplo de lo que no se debía hacer, la llamaba ‘la naca’, ‘la del complejo de Greta Garbo’. Mis libros alcanzaron el éxito, salí en televisión, tuve muchas cenas de negocios. Entre más amigos me apoyaran burlándose de Sol, mejor.

Pero desde que la conocí, algo entre Gilberto y yo murió. Ya no hablábamos como antes, ni cogíamos.

¡Y su nombre! Su maldito nombre, en todas partes me la recordaban... mis colegas: '¡Pinche sol!', '¡el sol está pegando cabrón!'.

El periódico *El Norte* es de Editora El Sol. En el centro hay unas tiendas Del Sol. ¡Soledad! Ojalá tu nombre sea tu profecía. Comencé a tomar Prozac. Tenía insomnio, probé el Clonazepam... Investigué en internet sobre mis amigas químicas. Nombres y términos extraños se tornaron familiares: antidepresivos tricíclicos, inhibidores de mono-amino-oxidasa, serotonina, norepinefrina..."

\*En este FLASH BACK sepia Cecilia conversa con artistas en un bar. Sus amigas están ahí siempre, con la alegría que le brindan toma valor para platicar con Sol. Varias semanas después vemos al par como amigas íntimas, en la pequeña casa de Soledad, donde Cecy conoce a René. Las dos emborrachándose en cantinas, pintadas y vestidas como la Garbo y la Dietrich. Fuman con pitillo, bailan tango. La escritora nota la infelicidad de su amiga con René, los amantes que ésta consigue sin parpadear. Muchas noches Cecilia invita a Soledad a tomar cervezas a su depa cuando Gil no está en la ciudad.

\*En otro FLASH BACK sepia vemos a Cecilia

Román en una estética, pidiendo cambio de look. Ella explica: “A veces miro una palabra en la pantalla de la computadora durante tanto tiempo, que hasta parece desconocida, sin sentido... así pasaba cuando me miraba en el espejo durante horas. Sol tenía el cabello rojo, me lo pinté de rojo. A Gilberto le gustó. A ésa le gustaba el pintalabios morado, empecé a usarlo en ese tono”.

\*En FLASH BACK sepia vemos a una muy ebria escritora disculpándose con su nueva amiga por largarse temprano del bar, habiendo mezclado pastillas y alcohol. En la cocina del depa batalla para respirar. Su marido la encuentra desplomada, la lleva a Emergencias. Ella recuerda: “Gil se quedó toda la noche a mi lado. Me veía como preguntando ‘¿Por qué?’. Ni yo sabía. Tal vez sí: él seguía queriendo a Soledad. Si no, ¿por qué le gustó mi cabello rojo, mi pintalabios morado? Infeliz”.

\*En algún FLASH BACK sepia enseño a Cecilia y su hija solas en su hogar. La primera lee muchos libros sobre pintura. Tiene la mente en blanco. Está empastillada, tiene mil pendientes con su casa editora. Lorena gatea en el piso sucio, comienza a hilar sílabas.

\*Ella ni lo quiere recordar, pero yo vi —en FLASH

BACK bastante sepia—: una noche las dos mujeres toman sake en la sala del departamento de Cecy. Lorena duerme en su cuarto. La escritora, dándose cuenta de la ebriedad de la pintora, piensa que tal vez también le gustan las mujeres, por su fijación por la Garbo y la Dietrich. Tal vez, seduciéndola, se alejaría de Gilberto... después de una sonrisa compartida, Cecilia acerca sus labios a los de su amiga. El beso es interrumpido por el llanto de Lore, quien es atendida por su mamá. Vuelve a la sala para encontrarla vacía.

\*Una tarde, en FLASH BACK sepia en avenida Constitución, Cecy maneja la Caribe en hora pico, bajo el sol regiomontano. Imagina a Gil devorando las tetas de Sol. Aprieta el volante, evitando el llanto. Tiene la frente empapada. Voltea hacia los demás vehículos, hacia la gente sonriendo, las parejas que se besan. Los ojos ya escurren. En una camioneta, la radio: “Cerveza Sol. Sé claro”. Taquicardia. Piensa: “Hubo una época en que yo era feliz, como ellos... tuve ratos en que mi sonrisa era real”. Mira su rostro en un espejo retrovisor, su boca hacia abajo. Seca las lágrimas, intenta sonreír. Jura a sí misma no mostrar más la boca en ese estado, la antisonrisa. No puede más. Detiene el carro casi llegando a avenida Revolución. Decenas de conductores protestan. Ella

siente cómo sus labios, jalados por hilos invisibles, se curvan hacia abajo. Lloro de nuevo: “¿Cuándo fue la última vez que tuve una sonrisa ‘de a de veras’?”

\*Incluyo este fragmento de rola como fondo para la escena anterior, sin permiso.

*Entre la cirrosis / y la sobredosis / andas siempre muñeca / con tu sucia camisa / y en lugar de sonrisa / una especie de mueca. (“Princesa”, Joaquín Sabina)*

\*Muestro, sí, otro FLASH BACK sepia: los artistas con los que la escritora se burlaba de la pintora se burlan de la primera, al verla abrazando a su otrora odiada “naca”. Siempre junto a ella. No le pierde huella ni cuando va al baño, para asegurarse de que no hable con Gilberto por teléfono.

\*De vuelta al auto, los tres pasajeros ya estaban entrando a Tamaulipas. Soledad cantó La Frontera, de Juan Gabriel:

*Aquí la gente es más sincera / aquí todo es diferente, todo todo es diferente / la frontera, la frontera / aquí tenemos hartas vergas...*

El fotógrafo soltó una risotada. Cecilia sonrió a medias: “Y ella siempre alegre, ¡a pesar de todo! Ahí adentro tiene su alegría y mi alegría. Su alegría doble... ¡puta! A lo mejor ni te odio. Sólo quiero ver tu miseria de cerca”.

Pasaron horas camino hacia Matamoros; Cecy había permanecido seria, contestando con monosílabos, viendo cómo el auto devoraba las líneas divisorias del pavimento. El conductor y la pintora no paraban de conversar. Cecilia de repente se miraba en su espejo retrovisor, tamborileaba sus dedos en el canto de su ventanilla. *Antisonrisa*. El trío pasó al lado del restaurante La Milpa. “Óleo de Mujer con Sombrero”, de Silvio Rodríguez, se escuchaba de un casete:

*La cobardía es asunto de los hombres, no de los amantes / los  
amores cobardes no llegan a amores ni a historias, se quedan  
allí...*

—Vamos ahí, mi amor... ¡quiero comida decente!

—Cecy jaloneó la manga derecha de su marido, quien se estacionó frente al lugar.

—¿Ya saben que no traigo hambre, verdad?

—dijo él, al bajar del carro.

Anocheecía cuando los tres se acomodaron en una mesa de La Milpa. Las dos mujeres ordenaron enchiladas suizas; la escritora pidió además totopos, guacamole y salsa ranchera. Y otras enchiladas para su esposo.

—No tengo hambre, de veras, llegando al otro lado me como una *burger* —dijo él.

—Pos no —replicó su esposa—, vas a comer y quiero ver que te lo comas todo, ¿ok? Yo invito. No, si ya me preocupaste.

—Pos ya dije que no, ¿no entiendes? —Gilberto habló quedito: odiaba las escenas.

\*En FLASH BACK sepia casi negro, tengo que mostrar lo que pasó el jueves... un día antes del viaje a Brownsville. Cecy está en su trabajo, cuando siente una migraña que la obliga a salir. Quiere pastillas para mitigar las molestias de otras pastillas. Sube las escaleras de los Condominios; antes de meter la llave en su puerta escucha risas masculinas: Gilberto. Risas femeninas: Soledad. Ella se queda paralizada junto a la puerta.

—Así... mira... ¡trágate! —ordena Sol—: ¡trágate la chingada uva! ¡Abre la garganta y no metas tanto los dedos, cabrón! ¡Mira, así! ¡Ándale! Si no, no vas a poder... ¡piensa en el money!

—No mames —él tose—. Dime otra vez por qué vamos a hacer esto, güey.

—¡Otra vez...! Mira, la heroína es la droga más adictiva... si pasamos los 900 gramos al otro lado, vamos a tener 90 mil dólares libres de taxes, honey.

—¿Y tu contacto?

—Es un güey que conocí en San Pedro, un holandés que me eché hace un mes... caga lana, ¡cogimos en el Quinta Real!

—¿Y luego?

—Mira, antes de tragarte las 90 cápsulas debes

quedarte un día entero sin comer, y después, en todo el viaje al otro lado, tampoco vas a comer ni madres, mucho menos vas a tomar alcohol, ¿oíste? Las capsulitas están envueltas en un material resistente al jugo gástrico, ino es látex de condón chafo! Están unidas con un hilito, un extremo te lo amarras a una muela, cuando llegues al hotel en Brownsville donde está Bobby, te jalas el hilo... ¡y ya! Yo distraigo a la Cecy. Es más fácil que uses el hilo a que te tragues las cápsulas por separado y luego las cagues, además es más higiénico, ¿ino?, a que te salgan por el culo...

Más risas.

\*De vuelta a La Milpa:

—¿Tienes anorexia, o qué? —Cecilia chantajeó a su esposo—: ¿no te acuerdas de lo que me pasó? ¿De mis costillas?

Él y su amiga se miraron discretamente. La comida llegó. La escritora ahogó en salsa las enchiladas de su esposo. Las mujeres ordenaron refrescos; Cecilia pidió otro para él. El trío estaba en silencio. Gilberto jugaba con su comida, Soledad le cuchicheó que tomara líquidos. Él pidió tres vasos de agua; su mujer se tomó dos. Sol trató de romper el hielo hablando del sol de Tamaulipas. También dijo que el plato de él traía un pelo.



—A mí no me da asco —Cecilia intercambió su plato con el de su marido y comenzó a darle de comer en la boca.

—¿Ves, amor? Qué fácil, ¿verdad? —Cecilia continuó hablando— ¡Por eso te quiero! Ahora, una cheve... no, todos vamos a pistear, yo invito... que me traigan tres cheves... Cerveza Sol, ¡a huevo!

La escritora encendió un cigarro, lanzando la primera bocanada hacia el rostro de Soledad. Los tres brindaron en silencio. Gilberto tragó poco líquido. El cielo se nublaba. Ya en el carro, camino a la aduana, más silencio. Sol se arrancaba los pellejitos de los dedos, señal inequívoca de que estaba muy pero muy nerviosa. La escritora —la conocía tan bien— la vio y le obsequió una sonrisa de a de veras. Gil sintió cólicos, se llevó la mano izquierda al abdomen.

—¿Qué tienes, amor? —preguntó su mujer—: ¿te cayó mal la comida?

La lluvia comenzó. El fotógrafo batalló para mantener el control del volante. Zigzagueaba.

—Amor —Cecilia volteó hacia atrás— no juegues, vas a asustar a Solecito.

La pintora secó la frente de su amigo.

—¿¡Amor!?! —la escritora se asustó: Gil detuvo el carro a un lado de la carretera para abrir la puerta y desplomarse en la tierra, convulsionando.

Las mujeres se le acercaron.

—Amor, ¿qué tienes? Mírame, ¡háblame!  
—Cecilia trataba de hacer reaccionar a su marido.

—¡Dios mío! ¡Hay que llamar a una ambulancia, a un doctor! —gritó Sol, también agachada al lado de él.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le vas a decir? —Cecilia, poniéndose de pie, se tornó desafiante.

—¿Eh!? —Soledad se levantó, sorprendida.

—Sí, *lo sé* —la escritora arqueó una ceja, se cruzó de brazos.

Ellas se clavaron la mirada.

—Por... entonces... ¿por qué le diste de comer...? ¿Por...

—¿iPor qué!? Porque no iba a dejar que hicieras tu negocio con mi esposo, ¡y te largaras con él a la chingada! —el odio de Cecilia se derramaba.

—¿iQué!? ¡Yo no me quiero quedar con él! Pero si él quiere quedarse conmigo, lo entiendo... Tú estás toda enferma, nomás copiándome, ¡llena de pastillas y pendejadas! ¿Crees que él no me cuenta?

La escritora la abofeteó, derrumbándola; luego le dio puntapiés.

—¡Cállate, imbécil! ¡Yo tengo una hija! ¡Yo sí tengo familia! ¡Y no voy a dejar que te quedes con mi Gilberto! ¡Primero te mato!, ¿oíste? ¡O lo mato a él, antes de que se largue contigo!

Él se revolcaba, apretándose el abdomen con las manos. Sol tomó un pie de Cecilia y la tumbó, devolviendo los golpes:

—Pendeja... ¡El plan de Gil era llevárselas a ti y a tu hija a Texas! ¡Las quiere un chingo!

Cecilia, protegiéndose de las patadas, vio a su esposo quedar inconsciente. Unos policías pasaron por ahí, vieron dos mujeres peleando y un hombre con espuma saliendo de su boca. Unos doctores lograron sacarle las cápsulas a Gilberto: una de ellas se había reventado. Los tres adultos rindieron declaración a las autoridades: el fotógrafo juró que la escritora no sabía de la droga, para proteger a su hija. Gilberto y Sol fueron sentenciados a varios años de prisión. Él pidió el divorcio a su mujer. René pidió el divorcio a la pintora.

\*Después de unos meses vemos a Cecilia y a su hijita en el depa. Platos sucios en la cocina, cucarachas. El baño apesta a mierda. Lore juega sola, estornuda... su mamá está hipnotizada con el cursor del documento Word.

Se recuesta lánguidamente en un mueble, traga una pastilla de tantas. Piensa: “Ahora salgo ahora yo con René, el ex de Soledad, ¡quién diría!, no soy pero nada feliz con él, pero que cuando Solecito se entere se va a morir del coraje la Solecito... al fondo yo en lo personal quisiera que ella Solecito volviera con él, para que al salir de la cárcel, al mismo tiempo que mi Gilberto, porque todavía es mío, no vuelva con ella mi Gilberto.

La cara que ella Solecito va a poner que cuando se entere de que lo mío y su René, cuando salga en 2893 días, se va a morir del coraje... porque yo ando

con su ex... voy a hacer todo lo que yo pueda para  
joderla, siempre, y para, sí, joderla, siempre”.

*Jesus is saving grapes... ifor me!*



LA DANZA DE LOS  
ÁNGELES CAÍDOS



## EL FIN DEL MUNDO TERMINÓ CON MI VIDA SOCIAL

21 de diciembre de 2012

**A**brí los ojos a las 9 de la noche, acostada boca abajo, como siempre, y babeando, como siempre. La casa estaba totalmente vacía: ni rastro de mis papás, de mis hermanos, del perro. El día anterior fue jueves, mi día favorito para irme de rol con mis amigos. Tanto que llegué a casa hasta las 8 de la mañana del viernes y andaba tan borracha y cansada que desperté hasta las 9 de la noche exactitas... ¡había olvidado lo de ese día!

Cuenta la leyenda que Plutón escucha cada vez que piensas “No podría vivir sin...” y acto seguido te lo quita de un chingazo. Y así hasta que aprendas a no pensar pendejadas.

Pues salí de la casa pensando “Te respeto, Plutón, te respeto”... pero la casa, mi cuadra, las calles estaban desiertas. Todos se habían largado a los cerros. En los porches de las casas había veladoras encendidas. Me senté en medio de una calle, mirando el cielo. Fue alucinante: en la Luna se proyectaban



las escenas más terribles de la historia humana. Asesinatos, violaciones, robos, decapitaciones, empalamientos, mutilaciones, bombas, armas, hambruna.

Estaba sola. Me habían olvidado. En un acto primitivo de supervivencia volví a mi casa para tomar cuchillos y navajas. Vaya, no era Tomb Raider pero sí había leído sobre el Apocalipsis Zombie y estaba dispuesta a partirle la madre a cualquier “muerto–no–muerto” que se atravesara. Regresé a la calle y seguí mirando a la Luna.

—¿Y luego? —grité— ¿Qué? ¿¡Qué quieres!?

Ni sabía a quién me estaba dirigiendo: Dios, Alá, el Mesías, Krishna. Porque en la Luna no se proyectaban sólo escenas famosas de personajes famosos y malos, sino también de personas comunes y corrientes haciendo de las suyas. Era el Ojo Maestro, el Narrador Omnisciente.

—¿Cuándo voy a salir yo? —seguí— Me has visto desde que nací... ¿y luego? ¿No nos trajiste acá para equivocarnos? ¿¡Qué vas a hacer ahora!?

“No puedo vivir sola”, pensé, “ay, que no se entere Plutón que estás pensando esto, imensa! Capaz que ya te oyó, por eso se llevó todo”.

Las escenas continuaban: traiciones, humillaciones, mentiras, abortos, drogas, sexo, terrorismo. Y sí, vi cuando le robé dinero a mi tío, cuando me metí

coca, cuando me cogí al novio de mi ex jefa. Todo, incluyendo cuando estaba en secundaria y me copiaba de todo mundo cuando había exámenes, cuando le di moche al agente de tránsito.

—Sí, ¡ya sé que viste todo! ¡Nada se te podía escapar! Eres un metiche... ¡sí de eso vives!

Y miré en la Luna las imágenes de la gente que me olvidó: era un desmadre. Todos amontonándose hacia los cerros, empujándose unos a otros, metiéndose el pie, corriendo por encima de personas apachurradas, pisoteadas, pataleadas. La sangre se les desbordaba. Los que seguían en la carrera les jalaban las ropas a otros para llegar primero, no hubo trato preferencial para mujeres, ancianos, niños o personas con discapacidades. Bastaba con que alguien se distrajera un segundo para que alguien le robara comida o agua.

La escena se repitió en todo el mundo. Vi a mis amigos, mis conocidos, mis familiares derramando hasta las últimas gotas de sudor y sangre en su camino. Tampoco se portaron bien. Incluso vi a uno de mis ex novios jalando de las greñas a una viejita. Nadie sobrevivió.

Y sentí que no tardaría mucho para el gran cataclismo mundial, el gran terremoto, la gran inundación, la lluvia de sangre y fuego. O para que llegara el gran Hercolubus y se estrellara contra

la Tierra. Pero después de toda esa avalancha de mierda de experiencias humanas, amaneció. Salíó el sol, y con él los pájaros, algunos gatos, perros.

Tal vez, tal vez... desde allá arriba se nos mostraron las imágenes terribles pero no habría castigo. Los abogados de los tribunales de la Justicia Celestial y los jueces cósmicos nos habían perdonado. Y tanto escándalo por el 2012 para que todos hayan salido con su chingaderas, ibola de pendejos egoístas, dementes, avaros, imbéciles!

¿Y yo? Quizá no era tan diferente a la humanidad entera, quizá también hubiera aplastado niños o le hubiera arrebatado la silla de ruedas a algún inválido.

Cuando volví a mi casa, dispuesta a dormir un poco y a pensar qué demonios iba a hacer, vi una langosta sobre el respaldo de mi cama. Fui hasta la cocina para sacar un insecticida y cuando abrí un cajón salieron otras dos. Miré bien alrededor: estaba infestado. Cada vez que intentaba algún movimiento las malditas agitaban sus alas, amenazantes. Quise acercarme a la puerta de la casa y una voló hacia mi nuca y me mordió.

Ya. No. Me. Muevo.

# LA DANZA DE LOS ÁNGELES CAÍDOS

(Basado en la vida de Saint Germain,  
según Cony Méndez)

31 de octubre, siglo XVIII

Los sirvientes amanecieron con apuro: esa noche se llevaría a cabo el tradicional Baile de Máscaras. Hacía un año que la dueña del castillo se había divorciado de su marido, y aun así, la Princesa Ileana lucía más radiante que nunca. El Castillo de Bran había servido para defender el camino comercial que comunicaba a Valaquia con Transilvania durante la Edad Media. Y en ese momento lucía lleno de arreglos florales enviados por los pretendientes de Ileana... el viento golpeaba con fuerza las ventanas de la alcoba de la Princesa. Una pregunta rondaba su mente: “¿Por qué?”. *¿Por qué, Ileana, preferiste separarte de Dominic a tener descendencia suya?*

Ella caminó hacia el piano en el primer piso para tocar una canción melancólica. En medio del ir y venir de la servidumbre ella tocaba apasionadamente cada nota y cada una salía hacia el bosque, invadiéndolo. Ileana se reunió con los

sirvientes para revisar que todo estuviera en orden. Ellos se veían preocupados.

—¿Por qué miran tanto hacia afuera? —les preguntó la Princesa.

—Los lobos han estado rondando el castillo desde la mañana —explicó uno de ellos.

Ella volvió a su habitación para disfrutar de un baño de tina, sin prisa... algo le decía que no dejara un centímetro en su piel sin embellecer. Y sintió un ardor en todo su cuerpo, *un cuerpo que en 365 días no has compartido con nadie, Ileana. Talla y restriega, deja ver esas venas azules que parecen a punto de saltar de tu piel blanca. Jamás has tenido el corazón latiendo de esta manera. Jamás te has sentido tan inquieta.*

Llegó la noche y todo estaba listo: la decoración, las bebidas, la comida, los músicos, la máscara de la anfitriona, quien decidió hacerse un peinado que dejaba su cuello al descubierto. Poco a poco el castillo se llenó con las personas más poderosas e influyentes de Europa: después de tantas guerras e invasiones a nadie le caería mal una fiesta. Un desfile de vestidos increíbles, pelucas, joyas y máscaras. Y mucho baile y mucha plática, y Luisa, la nana, siempre al pendiente del más pequeño detalle. Luisa e Ileana se querían tanto... ésta última, entre el alboroto de la gente y la ligereza facilitada por algunas copas de vino, vislumbró una densa niebla

fuera de cada ventana del lugar. Ella las abrió todas, de par en par: la niebla fue invitada al castillo. Un sirviente abrió la puerta para que entraran dos invitados. No llevaban máscara. Uno de ellos se presentó como Conde, y su acompañante era su valet de pie.

El Conde contaba con el respeto de todas las órdenes esotéricas, sectas ocultistas y sociedades secretas. No utilizaba ni bancos ni banqueros y, sin embargo, se movía en una esfera de crédito ilimitado. Todo esfuerzo para investigar la fuente de sus recursos resultó infructuoso: cuando llegaban a apresarlos, a partir de toda clase de trucos, el Conde desaparecía de la celda.

Se aseguraba que tenía un valet de pie y cuatro lacayos uniformados. Se comentaba sobre la magnificencia de sus joyas: sus botones, relojes, sortijas... frecuentaba las fiestas pero nadie lo había visto comer ni beber. Nadie podía jactarse de haber sido recibido en su casa. Daba la impresión de haber viajado por el mundo entero y de haber estado presente en todos los grandes eventos del planeta. Hablaba sin acento alguno el idioma alemán, inglés, italiano, portugués, español, francés, griego, latín, árabe, chino, hebreo, sánscrito... leía el cuneiforme babilónico y los jeroglíficos egipcios. Ileana se aproximó al Conde y a su valet, quien permanecía dos pasos detrás de él.

—Buenas noches, señorita —el Conde besó la mano derecha de la Princesa, y ella sintió un escalofrío en cada uno de los poros.

—Buenas noches —saludó Ileana— olvidó usted su máscara.

—Tendrá usted que disculparme, la he perdido en el camino —dijo él—. Tuve que salir a preparar unos inventos que se verán hasta el próximo siglo.

—¿Inventos?

—Sí, un barco y un tren.

Las imágenes de ambos medios de transporte llegaron a la mente de la Princesa, de manera inexplicable. Ileana le dio una copa de vino, ella tomó otra. Entonces el Conde visualizó lo que ella pensaba: *Sé que usted no tomará de esta copa. Y sé que este vino es lo último que beberé.* Ambos se aproximaron hacia las escaleras para observar la fiesta.

—Princesa —murmuró el Conde— algo me dice que usted no quiso tener descendencia de su ex marido para no contaminar su sangre... algo me dice que su ex marido no era tipo de sangre O Negativo, como usted, y por esta razón, sus hijos no tendrían ese tipo de sangre tan apreciada y tan poco frecuente por estos lugares.

—Tiene usted razón —murmuró ella— ¿Sabe? Todos mis invitados de esta noche son O Negativo. Hasta los sirvientes y los músicos.

—Roger —el Conde se dirigió a su valet—  
¿cuál es el nombre de la sustancia que reduce la  
coagulación de la sangre?

—Aun no tiene nombre, señor —respondió el  
valet— pero vi que el médico Hipócrates la utilizaba  
en la antigua Grecia. Se extrae de la corteza del sauce  
blanco.

—Lo olvidaba —sonrió el Conde— usted sólo  
tiene 150 años a mi lado.

—Por cierto —señaló Ileana— ya me he  
encargado de mezclar esa sustancia en las bebidas  
de todos mis invitados.

El Conde tomó una mano de Ileana para  
invitarla a bailar, él rodeaba con su brazo derecho  
la breve cintura de la Princesa, atrapada en un  
corsé. La pareja bailaba con tanta gracia... todos  
interrumpieron su baile para hacer un círculo  
alrededor de ellos y apreciarlos mejor. La nana  
observaba en su niña un brillo que no le había visto  
en mucho tiempo, pero, de repente, volteó hacia un  
espejo del castillo: en su reflejo: Ileana bailando...  
sola. La alegría de la nana se transformó en terror,  
mismo que tuvo que vencer para acercarse a Ileana  
y pedirle un momento. Luisa tomó a la Princesa de  
la mano para llevarla a la cocina, tomó una ristra  
de ajos... y su niña no la dejó hablar.

—Ayúdame, nana, por favor —rogó Ileana



—hace unas horas perdí el collar de diamantes que me regaló mi hermana, creo que está en la mazmorra... ¿me acompañas?

Cuando al fin llegaron, y Luisa se agachó un poco para buscar el collar en el suelo, Ileana tomó un hacha y la enterró en la cabeza de su nana: la Princesa se había dado cuenta del incidente del espejo. Ileana quedó hipnotizada mirando el charco de sangre durante unos minutos. Su respiración estaba demasiado agitada, aunque no había remordimiento. Ella se quitó la máscara y caminó hacia donde se encontraba el Conde. Entre uno que otro gemido de algún invitado al que todavía le quedaban uno o dos suspiros de vida, ella miró los chorros de color rojo: el Conde y su valet acabaron con todos.

El valet tocó el piano mientras el Conde y la Princesa bailaban, mirándose a los ojos, hasta que ella sintió unos colmillos clavándose en su cuello y eso fue lo más hermoso que le había ocurrido en toda su vida.

## VÍA DOLOROSA

*Y oí el número: 144,000 sellados  
de todas las tribus de los hijos de Israel  
Apocalipsis 7:4*

La llamaré Silvia. Después de enamorarse de un tal Leonardo se enteró de que él no era, precisamente, una buena persona. Que sus recursos financieros no provenían de ocho horas diarias de trabajo. Y en vez de maletín y laptop sólo sabía portar cuernos de chivo. Pero ésa es otra historia.

Lo que estoy contando es que la mañana del 21 de diciembre del 2012 ella parecía a punto de explotar. Todas las personas parecían estar a punto de explotar, pero a causa de otras cosas que, si me dan tiempo, les explicaré.

Silvia se escapó de Leonardo al enterarse de su embarazo y vivía en un hotelucho en el centro de la ciudad. Cualquier ciudad.

La mañana del 21 de diciembre ella amaneció con las contracciones. Se metió al cuarto de baño y en el piso de la regadera pujó, lloró, gritó, sangró, mordió un trapo para apoyar su dolor y al fin su bebé salió al mundo a las nueve de la noche. Un mundo en el que debía permanecer escondido.

El niño se llamaría Jonás. Su madre cortó el cordón umbilical para después envolver al recién nacido en una camiseta.

Cosa extraña que Jonás tuviera una especie de cicatriz en la frente.

Silvia ya no podía seguir en ese cuartoapestoso, así que caminó por las calles. Había compras de pánico por todas partes. Ella vio una iglesia: ningún lugar podría ser más seguro. Y muchas personas pensaron igual que ella. Bueno, unas cincuenta.

Cosa extraña que el sacerdote tuviera una especie de cicatriz en la frente. Al igual que algunos católicos dentro de la iglesia. Silvia tomó un espejo de su bolso, pero no encontró marcas en su frente. La iglesia sería el último lugar donde la buscarían los colegas de su esposo, ahí donde se juraron amor eterno cuando todo iba bien. Justo eso pensaba cuando vio en la entrada de la iglesia a uno de ellos, con un 666 brillando en su frente. Estaba armado. Lo único que se le ocurrió a Silvia fue:

—¡Auxilio! —gritó, apuntando hacia la puerta— mírenlo, ¡trae el número de la bestia!

La gente lo miró y corrió despavorida hacia el altar, viéndose los números que ellos mismos tenían: alguien tenía en la frente un 1,200, otro un 547, alguien más un 68.

Pero ese hombre con pistola tenía un 666, y los que tenían otros números no podían vérselo a sí mismos con la ayuda de espejos, agua o cualquier otro reflejante... era un caos. Porque el sacerdote también tenía un 666, y Jonás tenía un 144,000 brillante, y todos se preguntaban unos a otros qué número brillaba en sus cabezas.

El hombre armado se acercó al sacerdote, ambos en estado de pánico, y se arrodillaron en el altar, buscando el perdón, pero éste ya quedaba demasiado lejos.

Las personas salieron de la iglesia y sembraron el pánico en las calles, hablando de números, espejos, salvación y rechinar de dientes.

Silvia aprovechó la desesperación para salir del templo y caminó hacia el negocio más cercano: un *table dance*. Ahí se escondería para proteger a Jonás. No sabía si traía algún número, pero no importaba si se convertía en un 666 ahí dentro, con tal de proteger el 144,000 de su bebé.

El *table dance* era un mundo aparte: ahí a nadie le importaba un 666, es más, todos traían el número. Los hombres ahí dentro sólo querían disfrutar de sus últimos momentos sobre la Tierra. Cuando había huracanes nunca se quedaba sin energía, había comida y alcohol suficiente más o menos para toda la eternidad.

Silvia se quedó en una mesa fingiendo interés en las mujeres que bailaban, cuando recordó que por estar cuidando a su hijo aún no lo había alimentado. Entonces comenzó a amamantarlo. Las miradas masculinas se enfocaron en ella. La miraban con deleite, olvidando a las bailarinas que se contoneaban al ritmo de The Doors.

*This is the end / beautiful friend / this is the end / my only friend, the end / of our elaborate plans, the end / of everything that stands, the end / no safety or surprise, the end / I'll never look into your eyes... again...*

Silvia no tenía dinero, pero los hombres le invitaron varias cervezas para que se mantuviera ahí, así, con los senos al aire. Algunos señores pagaron a bailarinas para que les chuparan la verga en su mesa, mientras miraban a Silvia.

En el *table* todos fueron muriendo como en efecto dominó, mostrando un intermitente 666 en el rostro. Sólo quedaron Jonás y su madre, quien lo arrullaba tarareando la canción de The Doors, que se repetía una y otra vez, porque el DJ también quedó en el piso. El mundo tal y como lo conocemos pudo funcionar sólo con 144,000 personas. Así lo hizo durante un tiempo. Sin nosotros.

## ÍNDICE

Ya estamos todos locos	
Salvando al cisne	9
Mary	13
Ya estamos todos locos	17
Te espero en el Hotel Roosevelt	31
Óleo de princesa en soledad	35
La danza de los ángeles caídos	
El fin del mundo terminó con mi vida social	55
La danza de los ángeles caídos	59
Vía dolorosa	65



**NORMA YAMILLE CUÉLLAR** (Monterrey, México, 1977). En el año 2010 el Fondo Editorial Tierra Adentro publicó su primera novela *Historias del Séptimo Sello*, la cual formó parte de la materia Ciencia Ficción Hispanoamericana, en Pittsburg State University, en Kansas, en Estados Unidos (2016), impartida por el Dr. David Dalton.

Publicó en Amazon la novela *Quizás, quizás, quizás* (2015). La Dra. Sara Potter enseñó en The University of Texas at El Paso (EU) esta novela en la clase *Spanish American Literature Since Modernism*.

Ha sido reconocida, entre otras distinciones, con Tercer lugar en el Concurso El Rock es Puro Cuento, convocado por la revista regia *La Rocka*; apareció en la antología “*El Rock es Puro Cuento*” (La Rocka / UANL, 2005); Mención de honor en el XII Premio Nacional de Cuento Carmen Báez; fue incluida en un libro del Colectivo Artístico Morelia (2005); Primer lugar en el Primer Concurso de Cuento del Comité Melendre, en la categoría de La mentira, y el segundo en la de La muerte, en Oaxaca; sus textos aparecieron en el libro “*Los Humanos Mueren Sonriendo*” (2007); Mención honorífica en el Primer Concurso Internacional de Cuentos Breves de Atina Chile, en Santiago (2007); Primer lugar en el Segundo Concurso Juan Hernández Luna (relato breve policiaco), convocado por las Jornadas de Detectives y Astronautas (2011).



“Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.”

*El Duque a Sancho, al conferirle el gobierno de una ínsula.  
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, Libro II, capítulo XLII*



*Ya estamos todos locos* de Norma Yamille Cuéllar terminó de imprimirse en marzo de 2019, en los talleres de Serna Impresos, S.A. de C.V. En su composición se utilizaron los tipos Cormorant, Playfair y Californian BT. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Jessica Nieto. Diseño editorial de Alejandro Esparza



